

A breve rato preguntò, donde estaba su hijo primogenito Fray Bernardo de Quintabal; y sabiendo que estaba allí, le dixo: Acercate hijo mio, acerca te para que te bendiga mi alma. Acercose à la cama, y con el el Santo Fray Gil, este arrodillado à la mano derecha, aquel à la izquierda. Tocòlos à ambos, y reconociendo à Fray Bernardo por el tacto, cruzò, y trocò las manos, dandole à Fray Bernardo la derecha, y dixo así: Bendigate el Padre de nuestro Señor Jesu Christo en toda bendición espiritual, y bienes celestiales. Así como fuiste el primero elegido en esta Orden para dar buen exemplo con tu vida Evangelica, hecho pobre por amor, y imitación de Christo: así como consagraste à este Señor, no sólo tus bienes con liberalidad, sino también à ti mismo con entera resignación, y perfecta entrega: así seas bendito del mismo Señor. Y yo pobrecillo siervo tuyo te doy eternamente mi bendición. Bendito seas en todos los lances de tu vida, en todas tus entradas, y salidas, durmiendo, y velando, viviendo, y muriendo. Quien à ti te bendixere, sea lleno de bendiciones; y quien dixere mal de ti, no quedará sin castigo. Seas Señor de tus hermanos, vivan todos à tu dirección imperiosa sujetos. A los que tu aprobares para entrar en la Religion, sean admitidos; los que tu desechares, sean expulsos, y despreciados. Ninguno en toda la Orden tenga potestad sobre ti; y puedas entrar, y salir, y morar en el lugar, y Convento que eligieres.

No se tuvo por esto Fray Bernardo por exempto de la jurisdicción de los Prelados, aviendo sido en la obediencia, como en las demás virtudes, un exemplar, y idea de regulares perfecciones; pero en los disturbios, que años despues lucieron, por el gobierno violento de Fray Elias, se valió de esta facultad, que aora le dió su Santo

Maestro, con superior instinto del Cielo, y particular ilustración, que tuvo para executarla en tiempo oportuno, como constará despues largamente. Esta bendición, por mandado del Santo, escribió vno de los circunstantes, con la que también dió al Santo Fray Gil: no como quiere nuestro Rodolfo, la escribió el Santo, que estaba del todo ciego, y puesto en el último peligro; y no es verosímil, que à tienta, y imposibilitado de su misma flaqueza pudiesse usar de la pluma. También advierte, que el Serafico Patriarca dió dos veces la bendición, trocando en forma de Cruz las manos, como el ciego Jacob, la vna vez, y primera à Fray Elias, la segunda à Fr. Bernardo, como consta de las antiguas Chronicas de los tres, y de Tomàs Zelano.

Acabada la bendición, besò Fray Bernardo con humildad profunda la mano, y anegado en lagrimas, y suspiros, se salió de la enfermería à desahogar en tiernas, y mas libres demostraciones su corazón. El Santo entonces hablando con los demás, dixo: Hijos, en todo lo que puedo os mando, que qualquiera de vosotros, que fuere electo en General, ame, atienda, y reverencie à Fr. Bernardo, como lo hiziera conmigo, y esto mismo hagan los demás Prelados, y todos los Frayles, porque en él dexo depositado mi corazón. O que pocos son los que de vosotros conocen los fondos de santidad que ay en este Varon extático, y Apostolico. Yo, empero, que los penetré por gracia del Altísimo, os hago saber, que de día, y de noche está en continua batalla con los demonios, de cuya obstinada soberbia sale siempre con victoria. En el conflicto de horribles tentaciones, que embidioso Sathanás fomenta con industriosa malicia, tiene librado el tesoro de sus medras espirituales. La constancia, la fee, y humildad con que pelea, obliga al Señor,

para que le socorra con extraordinarios auxilios de su gracia: y vendrá tiempo en que el demonio de corrido no tenga alientos para tentarle: y vivirá, y morirá en admirable paz, y tranquilidad de espíritu, vnido intimamente à su Criador. Las experiencias, que despues se tuvieron, acreditaron el panegyrico de tan gran Maestro; y no es dudable aver sido Fr. Bernardo vno de los Varones mas ilustres en santidad, que aya tenido en todos los siglos la Religion.

CAPITULO XXV.

Dá gracias à Jacoba de Sietefolios por su piedad generosa. Y refierense las ilustres virtudes de esta Venerable Matrona.

LA hermosa virtud del agradecimiento (cuya feliz semilla, y grano vtilmente responde en la tierra, y en el Cielo) tenia mucho lugar en el corazón de nuestro Santo; obligado de la amorosa solicitud, y continuó desvelo, con que la Venerable Matrona Jacoba cuidaba de su asistencia, y regalo. Dióla muchas gracias por la generosa piedad, con que solicitaba su alivio; y por la liberalidad, que siempre avia practicado con todos sus Religiosos, que hallaban en ella abrigo, y socorro de sus necesidades. Alétole mucho en el servicio de Dios, ofreciendola de parte suya el premio de su misericordia. Tuvo con ella un largo coloquio, del qual sacò la bendita muger mucho consuelo; y el mayor fuè, la noticia de que se abreviarían los plaços de su peregrinacion: porque ya estimaba poco la vida, faltandole la de su Maestro. Dióla su bendición, como à hija de su espíritu, y vna de las primeras, que en habito exterior, profesò su Orden de Penitencia.

De las virtudes, y calidades desta sierva de Dios, no puedo dar noticias en ocasion mas oportuna. No sé si culpe, ò si me quexe de la cortedad, coe que han hablado de esta ilustre muger los Chronistas, siendo tan de nuestra obligacion el hazer perpetua, y venerable su memoria. Acafo hablaron poco, por que en lo poco que hablaron, dixeron mucho; pues todos convienen en que la amò con devotos extremos S. Francisco, hombre, que media sus afectos, no por las ceguedades de la voluntad, sino por el conocimiento intimo de la virtud. Y si el amor mas puro, y mas castizo, se emplea en la semejança, ò por natural simpatia, quando la encuentra hecha; ò por fuerça de su virtud, quando la haze; les debió de parecer, que con dezir, que San Francisco era tan su amarelado; fuè dezir, que en las calidades de el animo era muy parecida, y semejante. Es cierto, que no quisiera incurrir en la nota de ingratitude. Y así protesto en nombre de toda la Religion el agradecimiento; con que venera à esta noble Matrona: siendo no poca satisfacion de nuestra deuda, la memoria del beneficio. Reducirè, pues, à suma breve las noticias, que encontrè derramadas de sus virtudes, y desahogare mi afecto (que confieso ser mucho) calificado con la practica de mi Gran Padre.

Fuè Jacoba de Sietefolios natural de Roma, de sangre esclarecida, y en bienes de fortuna muy abundante. Casò con vn Senador Romano de igual nobleza, y muy rico. Tuvo dos hijos, que ambos fueron despues Senadores de Roma; honor, à que los sublimò la nobleza de su sangre; y opulencia de su hacienda. Quedò viuda en edad mediana. Era de genio muy piadoso, muy afectuosa à las cosas del servicio de Dios, y por esto gran Protectora de aquellas personas, que con especial zelo, y aplicacion seguian el camino de la

la virtud. Moviada de la fama de santidad, que en Roma tenia el Glorioso San Francisco, asistió à vno de sus sermones, y recreada con el suave olor de su santa doctrina, solicitò hablarle, para comunicar con él las cosas de su espíritu. Como su corazón era materia facil, y bien dispuesta, prendió el fuego del Amor Divino, avivado con las exortaciones del Santo; que la obligò al desprecio del fausto, que introduxo la vanidad, para estimacion de la nobleza: y à que eligiesse vn modo de vida, que fuesse todo para el Cielo, nada para el mundo. Viendo el Santo tan bien lograda su doctrina, la atendió con singular afecto, y cuidado; à que correspondió la Venerable Matrona con igual devocion, y fineza. Hizo su casa Hospicio de los hijos de Francisco; donde con admirable caridad, y largueza socorria sus necesidades. Empeñò toda su autoridad, para que el Abad de S. Cosme cediesse, ò alargasse, para albergue de los pobres de Christo, vn sitio vezino al Hospital de los leprosos, que estaba de la otra parte del Tiber en su Ribera. Aquí se hospedò el Santo muchas vezes; y la que entonces fuè celda suya, oy es Capilla consagrada en su culto, y nombre, y venerada con frecuencia.

Con el trato, y comunicacion del Santo, y sus Compañeros, hizo Jacoba muchas mejoras, y progressos en la perfeccion; y vino à estar tan desengañada de las vanidades del mundo, que para darse con mas libertad al comercio de las riquezas del Cielo, se deshizo de las riquezas, que eran muchas; y hasta este punto las possedyò sin culpa, y ya las aborrecia con desprecio. Quedòse con vna corta porcion; respectivamente à su mucha opulencia: gastando lo preciso en sí para la decencia de su estado, y empleando lo restante en obras de piedad, y remedio de pobres. Fuè el asylo, y amparo de aquellos des-

valimientos, que ordinariamente padecen las virtudes: empeñada en favorecer à sus profesores con su autoridad, y con su hacienda; haciendo por este medio suyas las virtudes de todos. En la Oracion fuè muy continua, y en ella tuvo las señas de muy amante, y fervorosa, en el dòn de copiosas lagrimas, que son la lengua propia de el amor. Que fuesse en esta tambien muy favorecida, y ilustrada, se infiere del suceso referido en la vision del Angel, que la diò el aviso de la enfermedad de su Maestro. La compasion parto legitimo de la misericordia, era en ella muy connatural: y la exercitaba singularmente con los Religiosos nuestros, estropeados de las molestias, y cansancio de los caminos. Esmeravase mucho en su regalo; y hazia, que los lavassen los pies, con embidia, à vnas mugeres ancianas, que tenia destinadas para este efecto. Esto hizo en los principios de su mudança; pero despues, quando la edad crecida la absolvió de los escrúpulos, y dispensò en los melindres de la decencia, no quiso fiar esta piadosa diligencia de agenas manos.

Abraçòse con la Cruz de la mortificacion, y penitencia, con tal resolucion, y valentia, que desmentia las flaquezas de su sexo. Y por esta razon el Santo solia mudarla el nombre de muger en el de varon, y la llamava, no Jacoba, sino Fr. Jacobo; mejora, que la mereció su magnanimidad, y constancia. Su entendimiento era muy claro, y despejado; su corazón capaz de qualquier secreto, prenda de vna muger pocas vezes vista, y digna de la mayor estimacion, quando se halla. Por esta causa solia el Santo Patriarca comunicarla con gran satisfacion los negocios, que se le ofrecian de mas importancia; valiendose de sus dictámenes, y consejos. Amòla el Santo con ternura purissima, hallando en este casto vinculo de amor, con que se estrechan las almas santas, es-

pecialissimo consuelo. De aqui nacia aquella confiança, con que la llamó para el lance de su muerte, à que correspondió con la fineza, que se ha visto, y se verá mas. Fuè dichosissima en el santo amor de su Maestro, que murió en sus brazos, recibió su bendicion copiosa en los vltimos alientos, registrò, tocò, y besò sus milagrosas llagas, adereçò su venerable cadaver; costò sus exequias con toda sumptuosidad, y le acompañò hasta el sepulcro viva, y muerta.

Despues del entierro del Santo estuvo en Afsis algunos dias llorando su muerte, asistente, lo mas del tiempo, à su sepulcro, viendo, y tocando las maravillas, que el Señor obrava por su intercession. Despues se bolvió à Roma, para dexar de vna vez à Roma. Llegò à su casa, y dando cobro à las cosas de su hacienda, se despidió de sus hijos, y del mundo, y se bolvió à Afsis; à lo que parece, noticiosa por luz superior de su cercano fin. Aquí vivió poco tiempo con grande edificacion, y exemplo de virtudes, que ciñò con la corona de preciosa muerte. Deseò mucho no se dividiessen las cenizas, que abrigaron la luz de dos almas, unidas en estrecho laço de Amor Divino. Cumplióla el Señor sus afectuosas ansias, porque la dieron sepulcro inmediato al de su Maestro. Esta buena fortuna siguió siempre à su Venerable cadaver; porque aviendo estado estos divinos amantes sepultados ambos en el Templo de San Jorge; quando despues de la Canonizacion se fabricò nuevo Templo, adonde se trasladò el cuerpo de San Francisco al sepulcro que oy tiene, se trasladaron tambien las cenizas de esta Venerable Matrona, y están colocadas en la misma pared, ò muro, donde està el Santo; y donde oy en vna lapida se lee su Epitafio. No pudo desvnir la muerte laço, que estrechò tan santo amor. Unidos los re-

verencia la posteridad, à Francisco con debidas adoraciones, à Jacoba con piadosos obsequios.

CAPITULO XXVI.

Dichoso transito del Seráfico Patriarca, tiernas y devotissimas circunstancias, que en él buvo: revelaciones de su gloria; y otras maravillas.

AMANECIÒ el Sabado mas festivo, y mas alegre para el Santo, como dia destinado à las felices bodas de su alma con el Cordero. Passò lo mas del dia en dulces coloquios con su Dios, arrebatado en extasis amorosos, empeçando aun en carne mortal à tomar possession de las dulçuras del Cielo, siendo testigos del gozo de su corazón los resplandores de su rostro. Bolviendo de vn rapto, mandò convocar à todos los Frayles, y pidiendo vn pan, hizo en él la señal de la Cruz, le bendixo, y dividió en pedaços, dando à cada vno el suyo, en señal de estrecho vinculo de paz, y unión entre todos. Esta virtud (que es alma, y vida del estado Religioso, delicia del Cielo, que endulça las amarguras de la mortificacion, y haze de los Claustros Parayso de vna como bienaventurança) les encargò mucho. Comieron todos el pedaço de pan, que les cupo, bañado en lagrimas: solo Fr. Elias no le comió, porque no pudo, impedido de la exorbitancia de su dolor, y de su llanto, ò por desprecio, teniendo por liviandad aquella ceremonia, que era mysteriosa imitacion de la Cena, en que Jesus se despidió de los suyos, dexandolos exemplos, y avisos. Pidióse Fr. Leon, y guardòle, y fuè despues instrumeto de maravillas, que obrò el Señor en la sanidad de algunos enfermos. En lances tan mysterio-